
MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2019

Bautizado y enviado: La Iglesia de Cristo en misión en el mundo

Queridos hermanos y hermanas:

Para el mes de octubre de 2019, le pedí a toda la Iglesia que viviera un tiempo extraordinario de actividad misionera para conmemorar el centenario de la promulgación de la Carta Apostólica [Máxima ilusión](#) del [Papa Benedicto XV](#) (30 de noviembre de 1919). La previsión profética de su proposición apostólica me confirmó lo importante que es todavía hoy renovar el compromiso misionero de la Iglesia, reconstruir su misión de proclamar y traer al mundo la salvación de Jesucristo, muerto y resucitado, en un sentido evangélico.

El título de este mensaje es el mismo que el tema del octubre misionero: bautizado y enviado: *la Iglesia de Cristo en una misión en el mundo*. Celebrar este mes nos ayudará, en primer lugar, a redescubrir el significado misionero de nuestra adhesión de fe a Jesucristo, la fe recibida libremente como un regalo en el bautismo. Nuestra filial pertenencia a Dios nunca es un acto individual sino siempre eclesial: de la comunión con Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo, nace una nueva vida junto con muchos otros hermanos y hermanas. Y esta vida divina no es un producto para vender, no hacemos proselitismo, sino una riqueza para dar, comunicar y anunciar: este es el significado de la misión. Hemos recibido este regalo gratis y lo compartimos libremente (ver Mt. 10.8), sin excluir a nadie. Dios quiere que todos los hombres se salven al llegar al conocimiento de la verdad y la experiencia de su misericordia gracias a la Iglesia, el sacramento universal de la salvación (ver 1 Timoteo 2: 4; 3:15; Concilio Ecuménico, Concilio Vaticano II, Const. dogm. [Lumen gentium](#), 48).

La Iglesia está en una misión en el mundo: la fe en Jesucristo nos da la dimensión correcta de todas las cosas, haciéndonos ver el mundo con los ojos y el corazón de Dios; la esperanza nos abre a los horizontes eternos de la vida divina en la que realmente participamos; La caridad, que anticipamos en los sacramentos y en el amor fraternal, nos empuja a los confines de la tierra (ver Mi 5,3; Mt 28,19; At 1,8; Rm).10:18). Una Iglesia que sale a los extremos requiere una conversión misionera constante y permanente. ¿Cuántos santos, cuántas mujeres y hombres de fe dan testimonio, nos muestran de lo posible por esta apertura ilimitada, esta salida misericordiosos como urgente empuje del amor y su lógica inherente de dar, el sacrificio y gratuitamente (cf. 2 Cor 5:14 -21)! Sé un hombre de Dios que predica a Dios (ver Carta Apostólica [Máxima ilusión](#)).

Es un mandato que nos toca de cerca: siempre soy una misión; siempre eres una misión; cada bautizado y bautizado es una misión. Quien ama los movimientos, es expulsado de sí mismo, se siente atraído y atraído, se entrega al otro y teje relaciones que generan vida. Nadie es inútil e insignificante para el amor de Dios. Cada uno de nosotros es una misión en el mundo porque es el fruto del amor de Dios. Incluso si mi padre y mi madre traicionaron el amor con mentiras, odio e

infidelidad. , Dios nunca se retira del don de la vida, asignando a cada uno de sus hijos, siempre, a su vida divina y eterna (ver *Ef 1 : 3-6*).

Esta vida se nos comunica en el Bautismo, que nos da fe en Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, nos regenera a imagen y semejanza de Dios y nos inserta en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. En este sentido, el bautismo es por lo tanto verdaderamente necesario para la salvación porque nos garantiza que somos hijos e hijas, siempre y en todas partes, nunca huérfanos, extranjeros o esclavos, en la casa del Padre. Lo que en el cristiano es una realidad sacramental, cuyo cumplimiento es la Eucaristía, sigue siendo una vocación y un destino para cada hombre y mujer que espera la conversión y la salvación. El bautismo es, de hecho, una promesa realizada del don divino que hace del ser humano un hijo en el Hijo. Somos hijos de nuestros padres naturales, pero en el bautismo se nos da la paternidad original y la verdadera maternidad: *La unidad de la Iglesia*, 4).

Por lo tanto, en la paternidad de Dios y en la maternidad de la Iglesia, nuestra misión tiene sus raíces, porque en el Bautismo hay un envío inherente expresado por Jesús en el mandato pascual: como el Padre me envió, yo también los envío llenos del Espíritu Santo para la reconciliación del mundo (ver *Jn 20 : 19-23*; *Mt. 28,16-20*). El cristiano es responsable de este envío, para que nadie se pierda el anuncio de su vocación como hijo adoptivo, la certeza de su dignidad personal y el valor intrínseco de cada vida humana desde su concepción hasta su muerte natural. La difusión del secularismo, cuando se hace un rechazo positivo y cultural de la paternidad activa de Dios en nuestra historia, impide cualquier fraternidad universal auténtica que se exprese en respeto mutuo por la vida de cada uno. Sin el Dios de Jesucristo, cada diferencia se reduce a una amenaza infernal, lo que hace imposible cualquier bienvenida fraterna y unidad fructífera de la raza humana.

El destino universal de salvación ofrecido por Dios en Jesucristo llevó a [Benedicto XV](#) a exigir la superación de cada cierre nacionalista y etnocéntrico, de cada mezcla de la proclamación del Evangelio con los poderes coloniales, con sus intereses económicos y militares. En su carta apostólica [Máxima ilusión](#) El Papa recordó que la universalidad divina de la misión de la Iglesia requiere la salida de una membresía exclusiva de la patria y el propio grupo étnico. La apertura de la cultura y la comunidad a la novedad salvadora de Jesucristo requiere la superación de cualquier introversión étnica y eclesial indebida. Aún hoy, la Iglesia sigue necesitando hombres y mujeres que, en virtud de su Bautismo, respondan generosamente al llamado a abandonar sus hogares, sus familias, su tierra natal, su idioma, su Iglesia local. Son enviados a las naciones, en el mundo aún no transfigurado por los sacramentos de Jesucristo y su santa Iglesia. Al anunciar la Palabra de Dios, testificar el Evangelio y celebrar la vida del Espíritu, hacen un llamado a la conversión, bautizan y ofrecen salvación cristiana con respecto a la libertad personal de cada uno, en diálogo con las culturas y religiones de los pueblos a los que se envían. La *missio ad gentes* , siempre necesaria para la Iglesia, contribuye de manera fundamental al proceso permanente de conversión de todos los cristianos. La fe en la Pascua de Jesús, el envío del bautismo eclesial, la salida geográfica y cultural de uno mismo y del hogar, la necesidad de salvación del pecado y la liberación del mal personal y social exigen la misión hasta los confines de la tierra.

La coincidencia providencial con la celebración del [Sínodo Especial sobre las Iglesias en la Amazonía](#) me lleva a enfatizar cómo la misión que nos confió Jesús con el don de su Espíritu todavía es actual y necesaria incluso para esas tierras y sus habitantes. Un renovado Pentecostés abre las puertas de la Iglesia para que ninguna cultura permanezca cerrada en sí misma y ninguna persona

esté aislada sino abierta a la comunión universal de la fe. Nadie permanece cerrado en sí mismo, en la autorreferencialidad de su propia pertenencia étnica y religiosa. La Pascua de Jesús rompe los estrechos límites de mundos, religiones y culturas, llamándolos a crecer con respeto por la dignidad del hombre y la mujer, hacia una conversión cada vez más plena a la Verdad del Señor Resucitado que da la verdadera vida a todos.

Las palabras del [Papa Benedicto XVI](#) me recuerdan esto. Al comienzo de nuestra reunión de obispos latinoamericanos en Aparecida, Brasil, en 2007, palabras que deseo informar aquí y hacer más: "¿Qué significó la aceptación de la fe cristiana para los países de América Latina y el Caribe? Para ellos significaba conocer y acoger a Cristo, el Dios desconocido que sus antepasados, sin saberlo, buscaban en sus ricas tradiciones religiosas. Cristo era el Salvador a quien anhelaban en silencio. También significaba haber recibido, con las aguas del bautismo, la vida divina que los hizo hijos de Dios por adopción; habiendo recibido también al Espíritu Santo que vino a hacer fructíferas sus culturas, purificándolas y desarrollando las numerosas semillas y semillas que el Verbo encarnado había puesto en ellas, dirigiéndolas así hacia los caminos del Evangelio. [...] La Palabra de Dios, convirtiéndose en carne en Jesucristo, también se hizo historia y cultura. La utopía de volver a dar vida a las religiones precolombinas, separándolas de Cristo y de la Iglesia universal, no sería el progreso, sino una regresión. En realidad, sería una involución hacia un momento histórico anclado en el pasado "[\(Discurso en la sesión inaugural, 13 de mayo de 2007 : Insegnamenti III, 1 \[2007\], 855-856\)](#)).

Confiamos la misión de la Iglesia a María nuestra Madre. Unida a su Hijo, desde la Encarnación que la Virgen puso en movimiento, se permitió involucrarse totalmente en la misión de Jesús, una misión que al pie de la cruz también se convirtió en su propia misión: colaborar como Madre de la Iglesia en generar en el Espíritu y en fe nuevos hijos e hijas de Dios.

Me gustaría concluir con una breve palabra sobre las Obras Misionales Pontificias, ya propuestas en el [Máximo ilud.](#) como herramienta misionera. El PMS expresa su servicio a la universalidad eclesial como una red global que apoya al Papa en su compromiso misionero con la oración, el alma de la misión y la caridad de los cristianos diseminados por todo el mundo. Su oferta ayuda al Papa en la evangelización de las Iglesias particulares (Obra de la propagación de la fe), en la formación del clero local (Obra de San Pedro Apóstol), en la educación de la conciencia misionera de los niños de todo el mundo (Opera della Santa Infancia) y en la formación misionera de la fe de los cristianos (Pontificia Unión Misionera). Al renovar mi apoyo a estas Obras, espero que el Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019 contribuya a la renovación de su servicio misional a mi ministerio.

A los misioneros y misioneros y a todos aquellos que de alguna manera participan, en virtud de su Bautismo, en la misión de la Iglesia, les envío mi bendición desde el corazón.

Desde el Vaticano, 9 de junio de 2019, solemnidad de Pentecostés

FRANCESCO